

«A mi padre le hubiera gustado mucho ver que Bilbao ha puesto esta placa»

Una hija de Benicio Alonso, uno de los trabajadores que murió en un atentado de ETA contra el Banco de Vizcaya, agradece el gesto del Ayuntamiento

JESÚS J. HERNÁNDEZ



El Ayuntamiento de Bilbao y el Foro Bilbao para la Paz y la Convivencia colocaron ayer una placa en memoria de la víctima de ETA Benicio Alonso. Era uno de los tres trabajadores del Banco de Vizcaya que murieron por la bomba colocada por la banda en la torre que era la sede central de la entidad financiera y ahora ocupan la Diputación y Primark. Aquella explosión, registrada el 5 de febrero de 1983, costó la vida a Benicio y a dos trabajadores más: Ramón Iturriondo y Aníbal Izquierdo. Hubo diez heridos.

María Anunciación Alonso, una de las dos hijas de Benicio, tenía 23 años cuando mataron a su padre. Cuenta a EL CORREO que estaba estudiando euskera en un pueblo cercano y que, al volver a casa aquel día, «una vecina me preguntó si no me había enterado de lo de mi padre». En aquel tiempo sin móviles, incluso una explosión en pleno centro de Bilbao tardaba en saberse. «Han puesto una bomba» fue la primera frase que escuchó.

«A mi padre le hubiera gustado mucho ver que Bilbao ha puesto esta placa. El recuerdo siem-



María, una de las dos hijas de Benicio Alonso, depositó unas flores en la placa. YVONNE ITURGAIZ

pre es bueno», admitió. Le describe como «un hombre muy familiar y trabajador, muy sensible, que no tenía nada que ver con la política, una persona sencilla al que le gustaba ir con nosotros a su pueblo natal, Barca, en Sorria. Allí, en las vacaciones, estaba levantando poco a poco una casita desde unas ruinas para cuando se jubilase». Le recuerda siempre en casa, con un hermano que venía los fines de semana a merendar.

A toda la familia «el atentado

nos afectó mucho» y «reubicarnos fue muy complicado». Eran años especialmente difíciles para las víctimas. «En aquel momento no encontramos apoyo en la sociedad porque había mucha gente que veía con buenos ojos aquellas acciones y hay algunos que todavía lo ven así, pero la conciencia sobre que el terrorismo mata inocentes ha aumentado». A sus 65 años, agradece el gesto del Ayuntamiento que llega «después de una vida, pero siempre es mejor tarde que nunca». Ella

«En aquel momento –en 1983– no encontramos el apoyo de la sociedad. Hemos avanzado»

ha vivido siempre en Bilbao y los primeros años no fueron fáciles. «En los años 80 escuchabas de todo», reconoce, sin entrar en grandes detalles.

Aquel 5 de febrero de 1983 ETA llamó a la centralita del banco

poco antes de la explosión pidiendo que lo desalojasen en diez minutos, pero, según relata la obra 'Vidas Rotas', de Florencio Domínguez, la deflagración se produjo «tres minutos después de la llamada». Aquel atentado causó conmoción en Euskadi por la muerte de tres civiles. Bilbao acogió una manifestación el 7 de febrero bajo el lema 'ETA no, el pueblo unido por la paz' en la que participaron 50.000 personas, según las crónicas de la época. Aunque ETA había señalado al banco entre sus objetivos, la banda se vio obligada a enviar un comunicado a 'Egin' para contrarrestar el rechazo general. Habló entonces de «lamentable suceso» y «autocrítica pública».

Tercera placa

En el acto de ayer, que estuvo abierto a la participación voluntaria de la ciudadanía, se realizó una ofrenda floral que contó con la presencia de familiares y allegados, además de numerosos representantes y autoridades municipales y miembros del Foro Bilbao para la Paz y la Convivencia. Amaia Arregi, alcaldesa en funciones de la capital vizcaína, explicó que «este es un homenaje merecido y emotivo que está centrado en la familia».

No es el primer acto de este tipo que se realiza en la capital vizcaína desde que en noviembre de 2022 se colocó la primera placa en memoria de una víctima del terrorismo en el lugar donde fue asesinada o cerca de donde residía. En aquella primera ocasión fue en recuerdo a Ángel Pascual, un ingeniero de Leizor asesinado por ETA. «Hemos puesto tres placas, pero tenemos varias más pedidas, siempre de acuerdo con la familia», detalló Arregi. Tras escuchar el aurrasku, María Anunciación Alonso fue la primera en depositar unas flores en memoria de un hombre que «lo que más quería en el mundo era a su familia y, a nosotras, sus hijas».

Otra vez la guerra

AMAIA FANO



Decía Kapuściński que era periodista pero sobre todo era judío y polaco, que «las guerras empiezan mucho antes de que se oiga el primer disparo, con un cambio de vocabulario en los medios». Y, a juzgar por el cariz militarista que han tomado las declaraciones en ellos de los principales líderes europeos, se diría que el viejo continente ha entrado ya de lleno en una atmósfera prebélica.

Desde el francés Macron hasta el alemán Scholz, pasando

por la ministra española de Defensa, Margarita Robles, alertándonos de que «la amenaza de guerra en Europa es total y absoluta» y de que «el peligro está muy cerca», nuestros mandatarios parecen haberse conjurado para anunciarnos el Armagedón, antes de plantearnos abiertamente que «si se quiere la paz, habrá que prepararse para la guerra», mientras los distraídos ciudadanos franceses, alemanes o belgas... hacen más o menos lo que hacemos los trabajadores españoles

cuando suena una alarma en la oficina: seguir a lo nuestro, creyendo (o queriendo creer) que probablemente se trate de otro simulacro de incendio.

Y lo cierto es que algo de impostura sí que parece haber en ese repentino afán por plantarle cara a Putin. El deficiente desempeño del ejército ucraniano frente a la presión de las fuerzas de ocupación rusas ha alentado el sentido justiciero de quienes abogan por una temeraria intervención directa en este conflicto bajo el mando de la OTAN, no contemplándose más alternativa que la de armarnos hasta los dientes, en previsión de un improbable (aunque no imposible) escenario de ataque nuclear por parte de Rusia. Que es de lo que se nos habla con pasmosa normalidad, como si propiciar una

guerra nuclear no supusiera –también para los rusos– el fin de la especie.

¿El objetivo? Justificar un incremento del gasto militar en Defensa, detrás del cual no solo hay razones de seguridad, sino también intereses económicos y geopolíticos de Estados Unidos, cuya industria armamentística aumentó sus ventas en 80.000 millones de dólares desde la invasión de Ucrania (un crecimiento que no se veía desde el final de la Guerra Fría). Por no hablar de que, si los europeos declarásemos la guerra a Putin, Washington se libraría de uno de sus grandes rivales (Rusia) para poder centrarse en el otro (China). Y Europa volvería a quedar destrozada, dependiendo para su reconstrucción del dinero de los americanos.

Tiene, por tanto, cierta lógica que la administración Biden meta prisa a sus aliados para acelerar la producción de la gallina de los huevos de oro, teniendo en cuenta además que en noviembre hay unas elecciones presidenciales que muy probablemente gane Trump, quien mantiene excelentes relaciones con el mandatario ruso.

Lo que llama más la atención es cómo la izquierda progresista europea ha pasado del 'No a la guerra' a «sujétame el cubata». Al punto de que –según cuenta el coronel del Ejército español, Pedro Baños, escritor, conferenciante y geoestratega– en Alemania hasta los ecologistas apoyan el rearme con el pretexto de la autodefensa, por lo que ya les han rebautizado como «el partido de los verdes... caqui».